



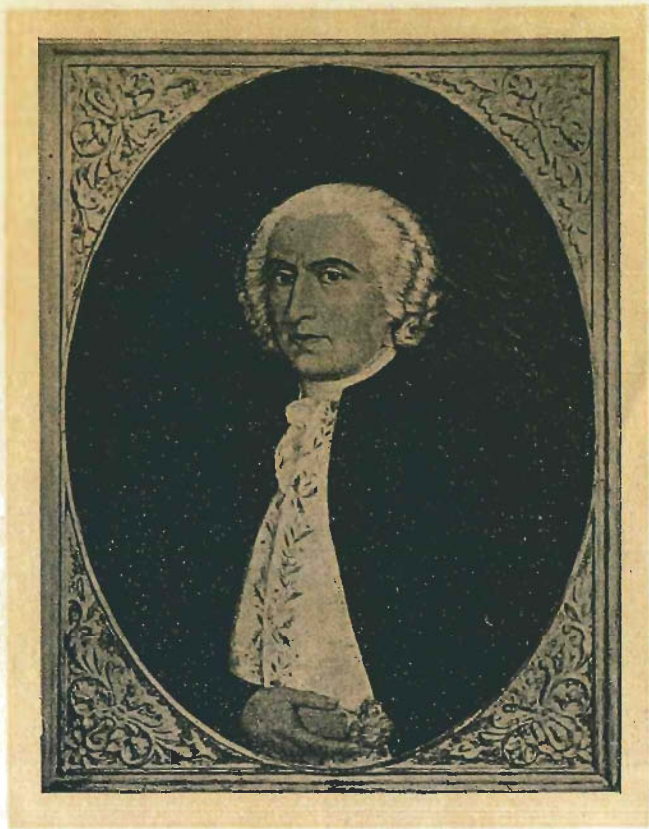
Con una nueva procesión (la de la Escalitud) se enriquece en 1947 el conjunto de los devotos desfiles de la Semana Santa Mayor. La Hermandad de Jesús del Rescate, que tiene su sede en la iglesia parroquial de San Juan Bautista, ha decidido sacar la venerada imagen a que da culto, en la noche del Martes Santo, y para ello ha dispuesto con gran decoro, dentro de la sobriedad que pide el carácter penitencial de las procesiones murcianas, unas túnicas, unos faroles y diversos elementos del religioso cortejo, que revelan un acierto indudable.

El Cristo del Rescate es semejante al de Medinaceli de la iglesia de Jesús, de Madrid, y, como éste, recibe adoración de sus devotos durante todo el año, y singularmente en el segundo domingo de marzo. El celo de algunas personas piadosas determinó la organización de una Hermandad que, estando en sus comienzos, augura por su ejemplaridad copiosos frutos espiri-

tuales. A este propósito conviene señalar cómo se acrecienta el predominio de un criterio que pudiéramos llamar genuinamente murciano en la organización de las procesiones pasionarias, que, manteniendo o exaltando su dignidad, las conserva en el cause estrictamente austero que por tradición le corresponde.

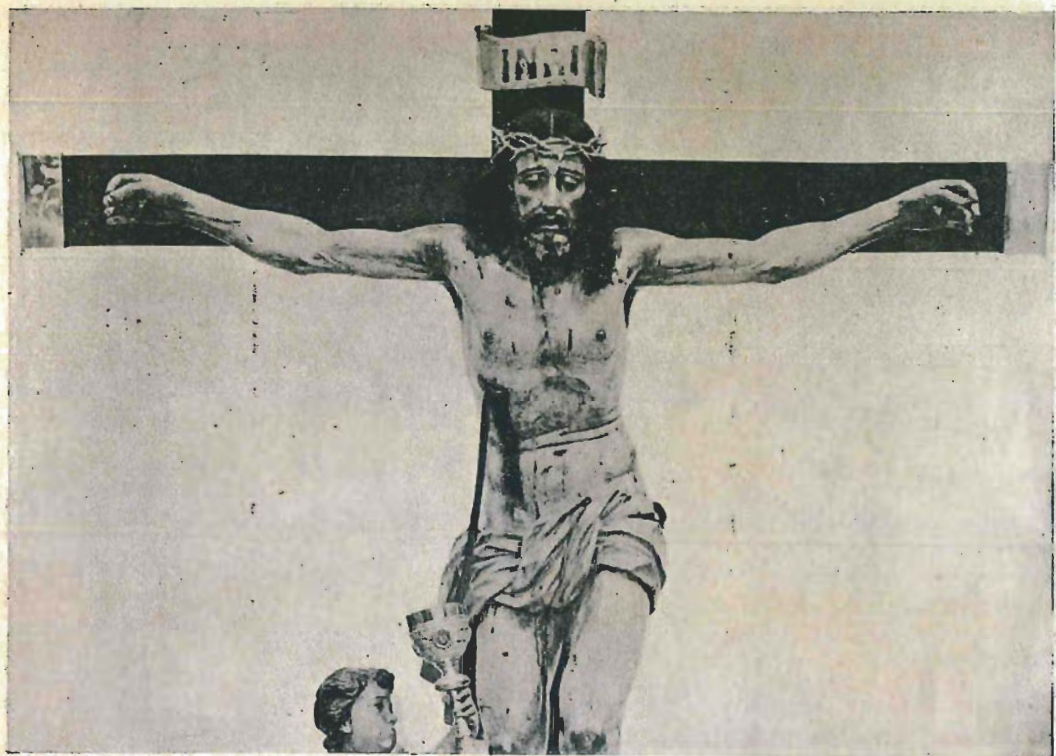
La figura de D. Francisco Salzillo Alcaraz ha de ser evocada indefectiblemente al tratar de las procesiones murcianas. Por él es Murcia un nombre vinculado estrechamente a la historia de arte religioso español. Salzillo, hijo de un escultor napolitano y de madre murciana, vino al mundo en la primera década del siglo XVIII. Es el creador de la escultura policromada, según la tradición española, francamente realista, pero con la añadidura de atributos de belleza y emoción popular a propósito para conmover y edificar al pueblo latino, mejor aún, al mediterráneo, al que estaba consagrada. Fué

Salzillo uno de los artistas religiosos que han llevado en su alma con toda sinceridad y ternura el carisma del ideal cristiano, como Fra Angélico o como Murillo. Por eso no sólo se gana la admiración del espectador, sino que realiza labor apostólica.





Miércoles Santo se decora con una procesión solemne, la de la Cofradía del Cristo de la Sangre, fundada al parecer en los primeros años del siglo XVII. El pueblo recuerda imágenes popularísimas de ella, que han desaparecido al ímpetu iconoclasta de hace un par de lustros. Así, el tipo gracioso del grabado de la derecha, llamado «el Berrugo», obra atribuida a Salzillo. Se conserva, sin embargo, la Samaritana, de Roque López.



También sufrió las iras destructoras del hacha roja el Crucificado titular de la Cofradía, siendo carbonizada la cabeza, donde estaba impreso un gesto terrible de invitación a la penitencia. La escultura, obra de un fraile que gozó de fama muy justificada en el levante español, Nicolás de Bussy, ha sido restaurada con notable acierto, conservándose, al menos, la integridad del cuerpo, donde se observa un sentido de belleza clásica.



La noche de **Jueves Santo**, en que el ambiente parece **sugerirnos**, con la evocación del **Sacrificio del Calvario**, una **voluntad de recogimiento y compunción**, es el marco adecuado para el **desfile de la procesión del Silencio**, y a tal efecto sus constituciones **exigen** un rigor austero a los penitentes, prohibiéndoles hablar en absoluto mientras vistan la túnica. Es impresionante su paso por las calles en **sombra**.



Dos detalles de la procesión del Silencio se ofrecen aquí al lector: la cruz inicial del cortejo y la cabeza del Cristo del Refugio, única imagen que sale en esta procesión. Este Crucifijo fué respetado en la sacristía de San Lorenzo durante el período rojo por los refugiados delincuentes o ignorantes que, huyendo de la proximidad de las tropas nacionales, allí vivían y allí le rezaron, colectivamente, según consta, durante una tempestad.



Iniciemos la contemplación de estos grupos pertenecientes a la procesión de Viernes Santo por la mañana. Nadie niega que en ella está la culminación de la Semana Santa de Murcia. Aquí se nos ofrece el «paso» de El Prendimiento, donde se admira, en primer lugar, la expresión sublime de Jesús recibiendo el beso de la traición, y en el grupo de la izquierda la prodigiosa figura de Pedro blandiendo su acero.



En La Caída rodean a Jesús, rendido al peso del madero infamante, unas figuras de gran vigor en su sentido de realidad: la de Simón Cirineo, que evoca una semejante de Gregorio Fernández en Valladolid, y la de Nuestro Señor, con un aspecto de agotamiento y, en cierto modo, de terror, inspirando a quienes la miran un profundo sentimiento de compasión. El movimiento dramático con que Salzillo componía es aquí admirable.



Parecen contrastar aquí las dos efigies aisladas que constituyen sendos «pasos» de la procesión matutina del Viernes. Una, la de la Verónica, concebida con cierta intención clásica por su línea serena y su sobriedad de ejecución; otra, el San Juan Evangelista, de barroquismo vehemente, movido, lleno de pasión, español. La diversidad es característica de un siglo que se sintió sucesivamente dominado por ambas tendencias.